

cillez de sus movimientos, abrazar de una mirada aquel talle, y quería todo esto como lo quieren los amantes, siendo presa de un deseo que le cerraba los oídos, que le obscurecía la inteligencia y que le sumía en un estado enfermizo en que no reconocía obstáculos ni distancias, ni sentía siquiera su propio cuerpo. En esta situación, pensó ir á Touches antes de la hora convenida, esperando encontrar á Beatriz en el jardín, pues había sabido que ésta se paseaba siempre, esperando la hora del almuerzo. La señorita de Touches y la marquesa habían ido á ver aquella mañana las salinas y el estanque rodeado de fina arena donde penetra el mar y que parece un lago en medio de las dunas.

—Si este paisaje le interesa á usted—había dicho Felicidad á la marquesa,—debe usted ir con Calixto á dar una vuelta por Croisic, donde se ven rocas admirables, cascadas de granito y cosas muy sorprendentes, sin contar el mar con su multitud de fragmentos de mármol. Verá usted también mujeres haciendo *leña*, es decir, pegando boñigas de vaca á lo largo de las paredes, para secarlas y amontonarlas como hacen con los terrones en París. Después, en invierno, se calientan con esa leña.

—¿Y va usted á exponer á su Calixto?—dijo la marquesa riéndose y con un tono que probaba que Camilo, enfadándose la víspera con Beatriz, la había obligado á ocuparse del joven.

—¡Ah! querida mía; cuando conozca usted el alma angelical de ese niño, me comprenderá. En él la belleza no es nada, y para admirarle, es preciso penetrar su corazón puro y su sencillez sorprendida á cada paso en el reino del amor. ¡Qué fel! ¡qué candor! ¡qué gracia! Los antiguos tenían razón en rendir culto á la santa belleza. No sé qué viajero ha contado que los caballos salvajes tenían por jefe al más hermoso. La belleza, querida mía, es el genio de las cosas, es el sello que la naturaleza ha impreso á sus creaciones más perfectas, y es el símbolo más verdadero, del mismo modo que es la mayor de las casualidades. ¿Se ha imaginado nunca nadie á los ángeles diformes? ¿No creemos que se reúne en ellos la gracia y la fuerza? ¿Quién nos hace permanecer durante horas enteras ante ciertos cuadros, en Italia, donde el genio ha procurado siempre realizar alguno de esos raros azares de la naturaleza? Vamos, pongámonos la mano sobre el corazón y confesemos que siempre quere-

mos ver unido el ideal de la belleza con las grandezas morales. Pues bien, Calixto es uno de esos sueños realizados, y tiene el valor del león que permanece tranquilo sin sospechar siquiera su fuerza. Cuando está tranquilo y á su gusto, es muy ocurrente, y me encanta su timidez de doncella. Mi alma descansa sobre su corazón de todas las corrupciones, de todas las ideas de ciencia, de literatura, de mundo y de política y de todos esos inútiles accesorios con que nosotras ahogamos la dicha. Soy lo que no he sido nunca; me convierto en una niña. Estoy segura de él, pero me gusta fingirme actora, porque sé que eso le agrada. Por otra parte, esta táctica constituye una de las partes de mi secreto.

Beatriz marchaba pensativa y silenciosa, y Camilo sufría un martirio implacable y le dirigía oblicuas miradas que parecían llamas.

—¡Ah! querida mía, tú eres feliz—dijo la marquesa, apoyándose en el brazo de Camilo, como mujer cansada de hacer una secreta resistencia.

—¡Oh! sí, muy feliz—respondió con salvaje amargura la pobre Felicidad.

Las dos mujeres, agobiadas de fatiga, se sentaron sobre un banco. Jamás criatura alguna de su sexo estuvo sometida á seducciones más verdaderas y á maquiavelismo más penetrante que lo estaba la marquesa hacía una semana.

—Pero yo... ver las infidelidades de Conti y devorarlas.

—¿Y por qué no le dejas?—dijo Camilo creyendo la hora favorable para dar el golpe decisivo.

—¿Puedo acaso hacerlo?

—¡Oh! ¡pobre amiga mía!

Y las dos contemplaron durante largo rato y con aire distraído un grupo de árboles.

—Esta correría me ha abierto el apetito, y voy á decir que anticipen el almuerzo—dijo Camilo.

—Pues á mí, esta conversación me ha quitado la gana—repuso Beatriz.

Esta, con su tocado y vestido matinal, se dibujaba como una forma blanca en las masas verdes del follaje. Calixto, que había entrado en el jardín por la puerta del salón, tomó uno de los paseos y caminó por él lentamente para hacerse el enconradizo con la marquesa. Beatriz, el verle, no pudo contener un ligero estremecimiento.

—Señora, ¿en qué pude desagradarle ayer?—dijo Calixto á la marquesa después de haber cambiado con ella algunas frases insignificantes.

—En nada; usted no me agrada ni me desagrada—le contestó Beatriz con amabilidad.

El tono afectuoso y la admirable gracia de la marquesa animaban á Calixto.

—Sí, vaya, le soy á usted indiferente—dijo el bretón con voz entrecortada por las lágrimas.

—¿No tenemos que sernos indiferentes uno á otro?—respondió la marquesa.—Tanto usted como yo tenemos ya compromisos contraídos.

—¡Eh!—se apresuró á decir Calixto—Yo amaba á Camilo, pero ya no la amo.

—¿Y qué hace usted, pues, todos los días durante la tarde?—dijo Beatriz con pérfida sonrisa.—A pesar de su pasión por el tabaco, no creo que Camilo prefiera un cigarro á usted, y, á pesar de la admiración de usted por las escritoras, no creo que se pasé usted cuatro horas leyendo novelas femeninas.

—¿Cómo! ¿sabe usted acaso...?—dijo ingenuamente el sencillo joven, en cuyo rostro resplandecía la dicha que le causaba la presencia de su ídolo.

—¡Calixto!—gritó violentamente Camilo, presentándose, interrumpiéndole, cogiéndole por el brazo y llevándose los lejos de Beatriz—¿es eso lo que me había usted prometido?

La marquesa pudo oír este reproche de la señorita de Touches, la cual desapareció riendo y llevándose á Calixto. Aunque Beatriz no comprendió la confesión de Calixto, ésta la dejó estupefacta. La señora de Rochefide no era tan perspicaz como Claudio Viñón. La verdad del papel horrible y sublime desempeñado por Camilo es una de esas infames grandezas que sólo admiten las mujeres en último extremo. En él se estrellan sus corazones y con él cesan sus sentimientos de mujer, para empezar á practicar una abnegación que las pone en el infierno á que las conduce el cielo.

Durante el almuerzo, al que Calixto estuvo convidado, la marquesa, cuyos sentimientos eran nobles y arrogantes, había analizado ya su corazón y procuraba ahogar los gérmenes de amor que nacían en él, y estuvo, si no fría y dura con Calixto, al menos tan indiferente, que lo dejó helado.

Felicidad sacó á relucir la proposición de ir al día siguiente á hacer una excursión por el original paisaje comprendido entre Touches, Croisic y la aldea de Batz, y rogó á Calixto que emplease el día siguiente en buscar una barca y marineros para pasear por el mar, encargándose ella de los víveres, de los caballos y de todo lo necesario para que la correría no resultase fatigosa. Beatriz cortó por lo sano diciendo que ella no quería exponerse á correr de aquel modo el país. La cara de Calixto, que denotaba una viva alegría, se llenó al oír esto de tristeza.

—¿Qué tiene usted, querido mío?—le preguntó Camilo.

—Mi situación es demasiado delicada para que yo comprometa, si no mi reputación, al menos mi dicha—dijo Beatriz con énfasis, mirando al joven bretón.—Usted sabe lo celoso que es Conti, y si él supiese...

—¿Y quién se lo va á decir?

—¿No tiene que venir á buscarme?

Estas palabras hicieron palidecer á Calixto. A pesar de las instancias de Felicidad, no obstante las del joven bretón, la señora de Rochefide estuvo inflexible y mostró lo que Camilo llamaba su terquedad. Calixto, no obstante las esperanzas que le dió Felicidad, salió de Touches siendo presa de una de esas penas de enamorado cuya violencia llega á la locura. De vuelta ya á su casa, no salió de su cuarto más que para comer, y subió á él algunos instantes después de acabada la comida. A las diez, su madre, inquieta, subió á verle y lo encontró escribiendo en medio de una gran cantidad de papeles emborronados y desgarrados. Calixto escribía á Beatriz, porque desconfiaba de Camilo, y la actitud de la marquesa durante su entrevista en el jardín le había animado extraordinariamente. Como es fácil imaginar, nunca la primera carta de amor fué reflejo fiel del alma. Cuando procede de jóvenes que no están aún corrompidos, la tal carta va acompañada de entusiasmos demasiado ardientes y exagerados, como resumen que es de varias cartas comenzadas, rechazadas y enmendadas. He aquí la que más gustó á Calixto, que se la leyó á su madre asombrada. Para la pobre Fanny, aquella carta parecía arder: el amor de su hijo oscilaba en ella como la llama de un incendio.

CALIXTO Á BEATRIZ

«Señora: La amé á usted cuando no era usted para mí más que un sueño: juzgue de la fuerza que habrá adquirido mi amor al verla. El sueño ha sido sobrepujado por la realidad. Mi mayor pesar estriba en no poder decirle á usted nada nuevo diciéndole cuán hermosa es; pero acaso sus encantos no hayan despertado nunca en nadie sentimientos como los que han despertado en mí. Usted es hermosa por más de un concepto, y yo la he estudiado tanto pensando en usted día y noche, que he penetrado los misterios de su persona, los secretos de su corazón y sus desconocidas delicadezas. ¿Ha sido usted nunca comprendida y adorada como merece usted serlo? Sépalo usted, no hay una de sus facciones que no haya sido interpretada por mi corazón: su altivez corresponde á la mía, á la nobleza de sus miradas, á la gracia de su actitud, á la distinción de sus movimientos, en una palabra, todo está en armonía con sus pensamientos y con los votos ocultos en el fondo de su alma, y sólo adivinándolos es como he llegado á crearme digno de usted. Si yo no me hubiese convertido hace ya algunos días en otro usted misma, ¿le hablaría á usted de mí? Leer esta carta será egoísmo, pues se trata en ella más bien de usted que de Calixto. Para escribirle á usted, Beatriz, he hecho enmudecer á mis veinte años, y he envejecido mi pensamiento, ó, mejor dicho, lo ha hecho envejecer usted con los horribles sufrimientos que me ha ocasionado, sin saberlo acaso, durante una semana. No me crea uno de esos amantes vulgares de quienes se ha feído usted con tanta razón. ¡Cuánto mérito encierra el hecho de amar á una mujer joven, hermosa, inteligente y noble! ¡Ay de mí! ni siquiera pienso merecerla. ¿Qué soy yo para usted? un niño atraído por el brillo de la belleza y de las grandezas morales, como un insecto atraído por la luz. Usted no puede menos de marchar sobre las flores de mi alma; pero toda mi dicha consistiría en ver que usted las pisotea. Una abnegación absoluta, una fe sin límites, un amor insensato y todas las riquezas de un corazón amante y verdadero no son nada y sirven sólo para amar, pero no para hacerse amar. Hay momentos en que no comprendo

cómo un fanatismo tan ardiente no se comunique al ídolo; pero cuando me encuentro con su mirada severa y fría, me siento helado. Es el desdén de usted el que obra, y no mi corazón. ¿Por qué? Usted no sería capaz de odiarme tanto como yo la amo. ¿Debe el sentimiento más débil dominar al más fuerte? Yo amaba á Felicidad con todas las fuerzas de mi corazón, y al verla á usted la he olvidado en un solo día, en un momento. Ella era el error y usted es la verdad. Sin saberlo, usted destruyó mi dicha y no me debe nada en cambio. Amaba á Camilo sin esperanza, y usted no me da esperanza alguna; de modo que nada ha cambiado más que la divinidad. Era ídolatra, y ahora soy cristiano: he aquí la única diferencia. Solamente que usted me ha hecho saber que la primera dicha es amar, y que el ser amado viene después. Según Camilo, amar por algunos días no es amar; el amor que no crece á cada instante, es una pasión miserable; pero para que crezca, no debe vérselo el fin, y ella veía ya nuestro sol en su ocaso. Sólo al verla á usted comprendo la verdad de estas palabras, que yo combatí antes con toda mi juventud, con toda la impetuosidad de mis deseos y con toda la despótica intensidad de mis veinte años. Esa grande y sublime Camilo mezclaba entonces sus lágrimas con las mías. Puedo, pues, amarla á usted en la tierra y en el cielo, como se ama á Dios. Si usted no me ama, no podrá usted oponer al menos las razones con que Camilo anulaba mis esfuerzos. Ambos somos jóvenes y podemos volar con las mismas alas y bajo el mismo cielo, sin temor á la tormenta que amedrentaba á aquella águila. Pero, ¿qué he dicho? A decir verdad, he ido más allá de lo que me permiten mis modestas aspiraciones, y ahora no creerá usted en la sumisión, en la paciencia y en la muda adoración, que yo le ruego no hiera inútilmente. Beatriz, ya sé que usted no puede amarme sin perder su propia estimación. Así es que no le pido nada en cambio de mi cariño. Camilo decía no ha mucho que había una fatalidad innata en los nombres, con motivo del suyo. Esa fatalidad la presentí yo para mí en el de usted, cuando hirió mi vista en Gueranda á orillas del Océano. Usted será en mi vida lo que fué Beatriz en la vida del Dante. Mi corazón servirá de pedestal á una estatua blanca, vengativa, celosa y opresiva. Le está á usted prohibido amarme, y aunque sufriese usted mil muertes, sería usted engañada,

humillada y desgraciada: existe en usted un orgullo de demonio, que la ata á la columna que ha abrazado, y perecerá usted derribando su templo, como hizo Sansón. Estas cosas no las he adivinado yo; mi amor es demasiado ciego; pero me las ha dicho Camilo. No es mi espíritu el que le habla á usted en estas páginas, sino que es el de Felicidad; cuando se trata de usted, yo carezco de espíritu, y acuden á mi corazón borbotones de sangre que oscurecen con sus oleadas mi inteligencia, que me quitan las fuerzas, que paralizan mi lengua y que anulan el poder de mis piernas haciéndolas encorvarse. Haga usted lo que haga, yo sólo puedo adorarla. Camilo llama terquedad á su resolución; pero yo la defiendo á usted y la creo dictada por la virtud. Pero no por esto deja usted de ser menos hermosa á mis ojos. Conozco mi destino: el orgullo de Breñaña está á la altura del de la mujer que ha hecho una virtud del suyo; de modo que, Beatriz querida, sea usted buena y cariñosa para mí. Cuando las víctimas estaban designadas, se las coronaba de flores, y usted me debe, por lo tanto, los ramilletes de su piedad y las músicas del sacrificio. ¿No soy yo la prueba de su grandeza, y no la aumentaré siempre con la inmensidad de mi amor despreciado, á pesar de su sinceridad y de su inmortal ardor? Pregúntele usted á Camilo cómo me conduje desde el día en que ella me manifestó que amaba á Claudio Viñón. Permanecí mudo y sufrí en silencio. Pues bien, si no me desespera usted, si sabe apreciar mi heroísmo, para usted seré más abnegado aún. Una sola alabanza suya me haría soportar los dolores del martirio. Si persistiese usted en su frío silencio, en su mortal desdén, me haría creer que soy temible. ¡Ah! muéstrese usted conmigo tan encantadora, tan ocurrente y tan amante como es usted en realidad. Hábleme usted de Jenaro como Camilo me hablaba de Claudio. Yo no poseo más talento que el del amor ni nada que me haga temible, y estaré en su presencia como si no la amase. ¿Será usted capaz de no dar oídos al ruego de un amor tan humilde, de un pobre niño que pide por toda gracia á su luz que le ilumine y á su sol que le dé calor? Aquel á quien usted ama la verá á usted siempre; mientras que al pobre Calixto le quedan pocos días; pronto se verá usted libre de él. Así pues, mañana volveré á ir á Touches, ¿verdad? y usted no rechazará mi brazo para ir á visitar el Croisic y la aldea de Batz, ¿no es cierto? Si no

viniese usted, lo consideraría como una contestación que Calixto entendería perfectamente.»

Había cuatro páginas más de una letra menudita, en las que Calixto explicaba la terrible amenaza que encerraban estas últimas palabras, contándole su juventud y su vida; pero empleaba en ellas muchas frases exclamativas y muchos de esos puntos prodigados por la literatura moderna en los pasajes peligrosos como puentes ofrecidos á la imaginación del lector para que pueda franquear los abismos. Esta sencilla descripción sería aquí una repetición que, si no conmovió á la señora de Rochefide, interesaría atrozmente á los aficionados á emociones fuertes, é hizo llorar á la madre, que acabó diciendo á su hijo:

—¿De modo que no has sido feliz?

Este terrible poema de sentimientos caídos como un torrente en el corazón de Calixto, asustó á la baronesa, la cual leía una carta de amor por primera vez en su vida. Calixto estaba de pie sumamente apurado, porque no sabía cómo entregar la carta á la marquesa. El caballero de Halga se encontraba aún en el salón, donde se jugaban las últimas puestas de una animada partida de mosca. Carlota de Kergarouët, desesperada al ver la indiferencia de Calixto, procuraba simpatizar con los padres, para asegurar mediante ellos su casamiento. Calixto siguió á su madre y volvió á presentarse en el salón, llevando en el bolsillo la carta que le quemaba el corazón. El pobre joven estaba agitado é iba de un lado á otro como una mariposa que ha entrado por descuido en una habitación. Por fin, la madre y el hijo llamaron al caballero de Halga al salón inmediato, dando orden al criadito de la señorita de Pen-Hoël y á Marieta de que lo abandonaran.

—¿Qué tendrán que pedirle al caballero?—preguntó la anciana Ceferina á la anciana Pen-Hoël.

—Calixto me hace el efecto de un loco—respondió ésta. —No tiene con Carlota más consideraciones de las que tendría con una salinera.

La baronesa habíase imaginado con razón que allá por el año 1780, el caballero de Halga debía haber navegado por los mares de la galantería, y le había dicho á Calixto que lo consultase.

—¿Cuál es el mejor medio para hacer llegar secretamen-

te una carta á manos de su amada?—dijo Calixto al oído al caballero de Halga.

—Se pone la carta en manos de su camarera, acompañándola con algunos luises, toda vez que, tarde ó temprano, la camarera ha de estar en el secreto y es preferible que lo esté desde un principio—respondió el caballero, en cuyo rostro se dibujó una sonrisa.

—¡Luises!—exclamó la baronesa.

Calixto se fué á su habitación; tomó su sombrero, y corriendo á Touches, se presentó como un aparecido en el saloncito donde se oía la voz de Beatriz y de Camilo. Ambas ocupaban un diván y parecían estar en perfecta inteligencia. Calixto, con esa rapidez de pensamiento que comunica el amor, se sentó aturdidamente en el diván al lado de la marquesa, tomándole una mano y depositando en ella la carta, sin que Felicidad se hubiese apercibido de ello á pesar de haberle mirado atentamente. El corazón de Calixto fué presa de una emoción aguda al par que grata, al sentir que Beatriz le estrechaba la mano y que, sin interrumpir su frase ni mostrarse contrariada, introducía la carta en uno de sus guantes.

—Se arroja usted sobre las mujeres como si fueran divanes—le dijo la marquesa riéndose.

—Y, sin embargo, no es partidario de la doctrina de los turcos—replicó Felicidad.

Calixto se levantó, tomó una mano de Camilo, se la besó, y después se encaminó al piano é hizo sonar todas las notas á la vez pasando un dedo por encima. Esta alegre vivacidad llamó la atención de Felicidad, la cual llamó á su lado al joven para preguntarle al oído:

—¿Qué le pasa?

—Nada—le respondió Calixto.

—Algo traen entre manos—se dijo para sus adentros la señorita de Touches.

La marquesa estuvo impenetrable. Camilo procuró hacer hablar á Calixto, esperando que éste se delataría; pero el niño pretextó la inquietud en que estaría su madre, y se fué de Touches á las once, aunque no sin sufrir una penetrante mirada de la señorita de Touches, que no dejó de admirarse de esta respuesta.

Después de las agitaciones de una noche ocupada por completo por el recuerdo de Beatriz, y después de haber ido

veinte veces por la mañana á Gueranda para esperar una respuesta que no llegaba, la camarera de la marquesa se presentó en el palacio Guenic y entregó á Calixto esta carta, que el joven fué á leer al fondo del jardín, bajo la glorieta.

BEATRIZ Á CALIXTO

«Es usted un buen muchacho, pero es un niño. Usted se debe á Camilo, que le adora, y no encontraría en mí ni las perfecciones que distinguen á ésta ni la dicha que le prodiga. Aunque usted crea otra cosa, lo cierto es que ella es joven, y yo vieja. Ella tiene un corazón lleno de tesoros, y el mío está vacío; ella se sacrifica por usted de un modo que usted no sabe apreciar; está desprovista completamente de egoísmo y no vive más que para usted; mientras que yo tendría mil dudas, y amargaría su vida con el recuerdo constante de mi falta. Camilo es libre y va y viene adonde quiere; pero yo soy esclava. Finalmente, usted olvida que yo amo y que soy amada. La situación en que me encuentro debía bastar para librarme de todo homenaje. Amarme ó decirme que me aman, es un insulto. Una nueva falta ¿no bastaría para ponerme al nivel de las criaturas más bajas de mi sexo? Usted que es joven y bondadoso, ¿cómo me obliga á decir estas cosas, que sólo salen de mi corazón desgarrándolo? He preferido el brío de una desgracia irreparable á la vergüenza de un constante engaño, mi propia pérdida á la de la probidad; pero, á los ojos de muchas personas cuya estimación aprecio, soy aún grande; mientras que, cambiando, bajaría algunos grados más. El mundo se muestra muy indulgente para aquéllas cuya constancia cubre con su manto la falta; pero es implacable para las viciosas. Yo no siento por usted desprecio ni cólera, le respondo á usted con franqueza y sencillez. Usted es joven, desconoce el mundo, se deja llevar de su imaginación y, como todas las gentes cuya vida es pura, es usted incapaz de hacerme las reflexiones que sugiere la desgracia. Le diré á usted más: aceptándole á usted, sería la mujer más humillada del mundo, ocultaría espantosas miserias, me vería en fin, abandonada, y, á Dios gracias, espero que nada de eso ha de ocurrir; pero si, por una venganza del cielo, llegase á acontecer, ninguna persona del mundo volvería á verme. Sí, entonces sería capaz de matar al hombre que me hablase de amor, si es que en la situación en que yo me colocase fuese

posible que algún hombre llegase hasta mí. Aquí tiene usted mi modo de pensar. De modo que casi puedo darle las gracias por haberme escrito; toda vez que, después de leída su carta y, sobre todo, después de mi respuesta, podré permanecer tranquila en Touches. Y no le hablo á usted nada del atroz ridículo en que caería en el caso de que mis ojos cesaran de expresarle los sentimientos de que usted se queja. Hacerle un segundo robo á Camilo sería una prueba de impotencia al que una mujer no se resuelve dos veces. Aunque le amase á usted locamente, aunque estuviese ciega, aunque lo olvidase todo, vería siempre á Camilo. Su amor por usted es una de esas barreras que no pueden ser franqueadas por ningún poder: sólo un demonio podría dejar de recular ante tan infames traiciones. Hijo mío, hay además en esto una multitud de razones que las mujeres nobles y delicadas se reservan y de las que ustedes los hombres no entienden nada, aun cuando sean tan semejantes á nosotras, como lo es usted en este momento. En fin, usted tiene una madre que le ha enseñado lo que debe ser una mujer en la vida, que es pura y sin tacha y que ha cumplido su destino noblemente; lo que yo sé de ella me ha hecho derramar lágrimas y ha despertado la envidia en el fondo de mi corazón. ¡Yo también podía haber sido como ella! Calixto, así debe ser la mujer de usted y tal debe ser su vida. No volveré á indicarle á usted maliciosamente á esa pequeña Carlota que no tardaría en aburrirle; pero sí le indicaré alguna joven digna de usted. Si yo llegase á ser suya, le haría desgraciado, porque habría en usted falta de fe y de constancia ó tendría usted que sacrificarme su existencia; y yo le soy á usted franca, lo tomaría, le llevaría no sé adónde, lejos del mundo, y le haría muy desgraciado, pues soy celosa, veo monstruos en una gota de agua, me desesperan ciertas pequeñeces de que muchas mujeres no hacen caso, y hasta se me ocurrirían pensamientos inexorables que provendrían de mí misma y no de usted y que me herirían de muerte. Cuando un hombre no se muestra, al décimo año de su dicha, tan respetuoso y tan delicado como la víspira en que mendigaba un favor, me parece un infame y se envilece á mis propios ojos. Hoy, el amor puro es una fábula, y yo no veo en usted más que la fatuidad de un deseo cuyo fin ha de ser próximo. Yo no tengo cuarenta años; yo no sé aún humillar mi orgullo ante la autoridad de la experiencia; yo no sabría sentir

ese amor humilde; en una palabra, soy una mujer cuyo carácter es demasiado entero para no ser detestable. Yo no puedo responder de mi humor, y en mí la gracia es puramente exterior. ¡Quién sabel ¿es que acaso no he sufrido aún bastante para afectar las indulgentes maneras y la ternura absoluta que debemos á los crueles desengaños? La dicha tiene su impertinencia, y yo soy muy impertinente. Camilo será siempre para usted una esclava adicta, mientras que yo sería un tirano insensato. Por otra parte, ¿no ha sido colocada Camilo á su lado por su ángel bueno para encaminarle en la vida que está usted destinado á hacer y á la cual no debe usted faltar? Yo conozco á Felicidad. Su ternura es inagotable, y si ignora acaso las gracias de nuestro sexo, sabe en cambio desplegar esa fuerza fecunda, ese genio de la constancia y esa noble intrepidez que lo hace aceptar todo. Sufriendo horribles dolores, ella le casará á usted y ella sabrá escogerle una Beatriz libre, si es que Beatriz responde á las ideas de usted acerca de la mujer, y ella le allanará todas las dificultades que se presenten para su porvenir. La venta de una fanega de tierra que posee en París servirá para desempeñar las propiedades que posee usted en Bretaña. Felicidad le instituirá á usted heredero, porque le ha hecho ya su hijo adoptivo. ¡Ay de mí! ¿qué puedo hacer yo por su dicha? Nada. No se muestre usted, pues, traidor á un amor infinito, que se traduce al fin en amor materno. ¡Qué feliz me parece esta Camilo!... La admiración que le inspira á usted la pobre Beatriz es uno de esos pecadillos, para los que las mujeres de la edad de Felicidad están llenas de indulgencia; pues cuando ellas están seguras de ser amadas, perdonan una infidelidad á la existencia, y el hecho de triunfar de la juventud de sus rivales constituye uno de sus más vivos placeres, y esto no lo digo por ella, sino para tranquilizar la conciencia de usted. La he estudiado profundamente, y puedo asegurarle que á mis ojos resulta una de las principales figuras de nuestra época. Tiene talento y es buena, siendo estas dos cualidades casi inconciliables en las mujeres, y es generosa y sencilla, siendo también dos grandezas éstas que se encuentran rara vez unidas. He visto en el fondo de su corazón tesoros infinitos, y no parece sino que el Dante, en su *Paraiso*, haya hecho para ella aquella hermosa estrofa acerca de la dicha eterna

que ella le explicaba á usted la otra noche, y que acaba diciendo: *Senza brama sicura ricchezza*. Estos días me hablaba de su destino y me contaba su vida, probándome que el amor, ese objeto continuo de nuestros votos y de nuestros sueños, había huido siempre de ella; y yo le respondía que al hablarme así me parecía que me demostraba la dificultad de aparejar las cosas sublimes, dificultad que origina muchas desgracias. Usted es una de esas almas angelicales cuya hermana parece imposible encontrar. Y la desgracia que esto le ha de acarrear, querido mío, se la ahorrará á usted Camilo encontrándole, aunque tenga que morir para ello, una criatura con la cual pueda usted ser feliz en su matrimonio.

»Le tiendo á usted una mano amiga, y, contando, no con su corazón, sino con su talento, espero que me considerará usted como una hermana y que terminará aquí nuestra correspondencia, la cual, desde Touches á Gueranda, me parece, por lo menos, cosa extravagante.

»BEATRIZ DE CASTERÁN.»

Emocionada en el más alto grado, por los detalles y la marcha de los amores de su hijo con la hermosa marquesa de Rochefide, la baronesa no pudo permanecer en la sala donde bordaba, y, dejando el sofá, se fué al lado de su hijo en actitud humilde al par que atrevida. La madre ostentó en aquel momento la gracia del amante que quiere obtener algo de su amada.

—Y bien, ¿qué hay?—dijo temblando, por no atreverse á pedir la carta.

Calixto le enseñó el papel y se lo leyó. Aquellas dos hermosas almas, tan sencillas y tan inocentes, no vieron en aquella astuta y páfida contestación ninguno de los lazos que tendía con ella la marquesa.

—¡Es una noble y gran mujer!—dijo la baronesa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.—Rogaré á Dios por ella. Nunca hubiera creído que una madre pudiese abandonar á su marido y á su hijo y que conservase aún tantas virtudes. Es digna de perdón.

—¿No hago bien en adorarla?—dijo Calixto.

—Pero ¿adónde te conducirá ese amor?—exclamó la baronesa.—¡Ah! hijo mío, ¡cuán peligrosas son las mujeres de

sentimientos nobles! Los males son menos de temer. Cásate con Carlota de Kergarouët y desempeña las dos terceras partes de las tierras de tu familia. Vendiendo algunas de sus quintas, la señorita de Pen-Hoël obtendrá ese gran resultado, y tu buena esposa se ocupará de administrar tus bienes. De este modo podrás dejar á tus hijos un buen nombre y una hermosa fortuna.

—¡Olvidar á Beatriz!—dijo Calixto con voz sorda y los ojos fijos en tierra.

Y dejando á la baronesa, subió á su habitación para contestar á Beatriz. La señora de Guenic tenía la carta de la marquesa grabada en el corazón, y queriendo saber á qué atenerse y como si imaginase que á aquella hora debía estar el caballero de Halga paseando su perra por el mallo, se puso un sombrero y un chal, y salió. Ver á la baronesa de Guenic por Gueranda, en otro sitio que no fuese la iglesia ó en los dos bonitos senderos que ella había escogido como paseo de los días de fiesta, cuando acompañaba á su marido y á la señorita de Pen Hoël, era un acontecimiento tan notable, que, dos horas después, todos los habitantes de la villa se preguntaban:

—La señora de Guenic ha salido hoy, ¿la ha visto usted?

Como es natural, esta noticia no tardó en llegar á oídos de la señorita de Pen Hoël, la cual dijo á su sobrina:

—Algo extraordinario debe pasar en casa de los Guenic.

—Calixto está locamente enamorado de la marquesa de Rochefide—dijo Carlota,—y yo debía dejar Gueranda y volverme á Nantes.

En este momento, el caballero de Halga, sorprendido al ver que le buscaba la baronesa, desataba el cordón de Tisbé, reconociendo la imposibilidad de dividirse en dos.

—Caballero, ¿ha practicado usted el galanteo?—le preguntó la baronesa.

El caballero de Halga se irguió con alguna fatuidad. La señora de Guenic, sin decirle nada de su hijo ni de la marquesa, le dió cuenta del contenido de la carta amorosa, preguntándole cuál creía él que era el sentido de semejante respuesta. El caballero tenía la cabeza levantada y se acariciaba la barba, escuchaba y hacía pequeñas muecas. Por fin, mirando fijamente á la baronesa con aire malicioso, le dijo:

—Cuando los caballos de buena raza tienen que franquear